

Nos llaman “gays”, del inglés “alegre”, porque se supone que siempre estamos alegres ya que no tenemos responsabilidades ni preocupaciones en la vida, al no formar una familia, por lo que podemos dedicarnos a disfrutarla lo más posible. Pero no lo hemos elegido nosotros. La biología, en primera instancia, y la sociedad, asumiéndolo como verdad irrefutable, son quienes lo han hecho. Siempre quisimos ser algún día padres. Y siempre supimos que habíamos nacido homosexuales, pero no entendíamos lo de que eso nos impedía ser padres. Pensamos que lo pone difícil, como tantas otras cosas que debemos superar. Y ésta es una más.

Tras diez años juntos, en 2005 la sociedad nos aceptó como matrimonio pero, a pesar del discurso oficial, el mismo reconocimiento de nuestra relación nos marcaba e impedía adoptar, tanto nacional como internacionalmente. Por lo que volvimos a la biología. Somos fértiles. Sólo necesitamos que alguien nos ayude con nuestras carencias como nosotros, como donantes, ayudamos a otras. Desearíamos poder hacerlo nosotros mismos pero, hoy por hoy, alguien debe gestar a nuestros hijos. Gestarlos por sustitución, o por subrogación.

Al igual que un enfermo busca su cura donde sea, viaja hasta donde sea, cueste lo que sea, así lo hicimos. Y buscamos dónde nos permitían realizar nuestro sueño, casi al otro lado del mundo. Conferencias a altas horas de la madrugada, horas incómodas de avión, controles gubernamentales, entrevistas, encontrar una persona que nos quisiera ayudar, pruebas médicas, intentos infructuosos de lograr embriones... muchas veces desesperanza, a veces conflictos de pareja por el estrés acumulado... y volver a empezar. Y más vuelos, y más pruebas, y más esfuerzo y tesón.

Y un día sucede con lo que empezaban nuestros sueños: un test de embarazo positivo. Y ese día lloras y cantas y ríes. Y se te olvida todo lo pasado. Entonces comienzas algo nuevo: miedo y temor. Miedo a que algo se estropee en algún instante. Temor a lo que pueda ocurrir. Y comienzas a dejar de pensar en ti mismo, y ruegas por el bienestar de ese hijo que ya amas aunque aún no lo hayas visto.

Y entonces te dicen que no es un hijo, que son dos. Y tienes aún más miedo. Pero ya no lloras, reímos sin saber de qué. Teníamos miedo hasta de poder ser tan felices.

Una noche, cuando todos los vecinos dormían, asistimos por Internet a la primera ecografía de nuestros hijos. Y después de verlo, nos abrazamos más unidos que nunca. Ya no pudimos dormir esa noche. Pero al día siguiente, en el trabajo, pese a las ojeras y los bostezos, no paramos de sonreír.

Cuando se lo dijimos a nuestras madres fueron ellas las que lloraron. Aunque luego también sonreían. Por esa misma época nos enteramos que, si se cumplía nuestro sueño de formar familia, probablemente nuestro país no nos lo admitiría. Y empezamos a buscar ayuda. Aunque poco a poco el tiempo va pasando, de repente, a los siete meses, el tiempo se acelera: cada vez más pruebas, más conferencias, más preparar cosas. Al subir al avión en Manises sientes el corazón latir en tu cuello, pero no sientes los pies tocar en el suelo.

Los días previos al nacimiento en California son, si cabe, aún de más tensión: debes preparar todo en un sitio extraño. Acompañamos a nuestra gestante en todo. Y así, saliendo un día de uno de los que serían últimos controles, caminando entre los dos a la salida del hospital, rompió aguas. Inmediatamente volvimos a entrar. Y esa misma tarde conocimos a nuestros hijos. Y aunque suene estúpido, te cuesta creértelo. Por eso no dejábamos de mirarlos. No te cansas de hacerlo. Y cuando les das el primer biberón, y mientras chupan te miran a los ojos, sientes que son una parte tuya, y les das gracias por haber venido.

No vuelves a tener tiempo libre ni descanso. A veces ni puedes dormir. Llegas a pensar derrumbarte de cansancio. Pero cuando los miras y te miran, te estiran los brazos y te quitan casi todo el cansancio. Además, los problemas políticos y judiciales para poder registrarlos causan que aún tengas menos tiempo. Pero quieres que los reconozcan como tuyos, no por ti, porque ya los tienes y disfrutas, sino por ellos. Porque entonces temes morirte, pero no por temor a la muerte, sino por temor a dejarlos solos y desprotegidos. Y quieres que tengan los mismos derechos que cualquier otro niño.

Entonces descubres que como gay puedes ignorar algunos de los desprecios que te ha hecho la sociedad en el pasado. Pero como padre no puedes aceptar ni uno contra tus hijos. Eres un padre como otro cualquiera. Sin importar tu sexualidad.

Si volviéramos a vivir la vida intentaríamos ser padres más jóvenes. Si en esa otra vida tuviéramos más dinero, tendríamos más hijos aún. A veces nos preguntamos cómo vivíamos antes sin ellos. Ya no podríamos hacerlo. No lo recordamos, como tampoco todos los problemas que sorteamos hasta tenerlos. Igual que el cansancio, te quitan el pasado, y sólo piensas en el futuro: en lo que quieres enseñarles, en lo que quieres decirles, en lo que quieres ofrecerles. En que algún día les contarás de la generosa mujer que nos permitió tenerles, de los amigos que hemos hecho luchando por sus derechos, de los otros que hemos conocido que piensan y sienten como tú. Y que quieres hacerles muy felices, porque ellos han hecho a sus padres muy felices.

Y quizás no seamos los mejores padres del mundo, pero queremos ser los mejores que podamos ser. Todo por ellos. Y quizás ya no seamos tan “gays”, pero queremos ser mejores personas sin renunciar a ser homosexuales. Y no sólo por ellos.